

En nombre de Lilith

En nombre de Lilith

Martha Patricia Meza



Colección Las Ofrendas
Escuela de Estudios Literarios
Universidad del Valle



Santiago de Cali, septiembre de 2011

Rector Universidad del Valle
Iván Enrique Ramos Calderón
Decano Facultad de Humanidades
Darío Henao Restrepo
Director Escuela de Estudios Literarios
Juan Julián Jiménez Pimentel
Director Programa Licenciatura en Literatura
Héctor Fabio Martínez

© Colección Las Ofrendas

Director: Julián Malatesta

Consejo editorial:

Julián Malatesta

Fabio Martínez

Cristina Valcke

© *En nombre de Lilith*

Martha Patricia Meza

© Escuela de Estudios Literarios

Universidad del Valle

E-mail: estudiosliterarios@univalle.edu.co

ISBN: 978-958-670-926-2

Ilustración de carátula:

Pedro Alcántara Herrán

Fotografía: Mónica Herrán

Diseño, diagramación e impresión:

Unidad de Artes Gráficas,
Facultad de Humanidades,
Universidad del Valle,
Cali - Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita del autor.

Contenido

Prólogo: Lilith está en casa	9
Monólogo de Lilith	15
Caídos	19
Ángel mago	24
El ángel de la muerte	26
Mensajeros	27
Abaddana	28
Los motivos del mundo inferior	31
La creación	34
Eva y Adán	37
La serpiente y la manzana	40
Caín	41
El diluvio	43
Sarah	44
Raquel, la náyade y el fauno	49
Raquel y el destino	51
Visita a Ester	53
Salomé	55
María o el pago de una deuda	58
María en el templo	60
La energía de la libido	62
La dormición de María de Nazareth	65
Lázaro	67
La novia de Lázaro	68
Algo tendrá el agua cuando la bendicen	71
Jesús y el demonio	73
Verónica	76
El negocio	78

Lilith está en casa

Hubo una primera mujer distinta a la Eva bíblica, una más desobediente, más dueña de sí, las escrituras la niegan pero su presencia se advierte en todas las mitologías. Lilith es sustantivo monstruoso para las culturas de origen hebreo, es voz maldita en lenguas orientales, apelativos diversos la designan en los imaginarios míticos que pueblan la tierra; no obstante, a pesar de los múltiples acentos se trata de la misma esencia, de un diabólico espíritu femenino, de aquella fuerza misteriosa que no se doblega ante los mandatos divinos y humanos en un mundo creado para la supremacía masculina. Contra esa diosa o fémina terrible se han levantado espesas capas de silencio, arrojada a los deslindes del cosmos apenas si pervive su nombre. Lilith es la otra a través de los siglos, aquella que no se ajusta el velo, la insumisa detrás del ángel del hogar, el otro lado de cada mujer que no todas logran descubrir, la innominada, la proscrita, la potencia creadora del alma femenina, la palabra contracorriente que desde siempre suena y perturba la gran fiesta del arte oficial.

La poeta Martha Patricia Meza con el ingenio y la ironía característicos de su obra se empodera de Lilith. En una juiciosa labor revisionista la rescata de los pasajes olvidados de la literatura universal, de los libros sagrados y de los escritos esotéricos. Sin embargo, su mayor audacia es descubrirla en la vida cotidiana, su atrevimiento es elegir el punto de vista del mundo doméstico, tan acuciosamente

señalado por el sistema patriarcal como el espacio de la mujer, para repensar el solemne tiempo del génesis y recrear, en un registro que va más allá de la parodia, la creación del mundo y de la humanidad. “En nombre de Lilith” se presenta como el juego de subvertir con total libertad imaginativa las historias del Antiguo y del Nuevo Testamento y de crear otras, la intención de la autora pareciera ser la misma que animaba a muchos creadores vanguardistas, el escándalo, pero un acercamiento pausado permite sentir tras la pulsión lúdica una rebeldía menos inocente. Si bien la irreverencia frente a la narración sagrada en éste, como en todos los casos, es señal de sujeción al discurso religioso, la concentración temática en el momento originario, la mirada crítica sobre la ordenación cósmica y la distribución del poder y la gloria, inscribe la obra en la reflexión estética, marca su carácter de auto-referencialidad pues conlleva de forma implícita la relación simbólica entre creación divina y artística. Por consiguiente, la entronización de Lilith como la narradora de la verdad, quien relata la historia original desde la visión pragmática de una mujer acostumbrada a gobernar la vida doméstica, plantea una doble voz: bajo la idea de la madre diosa, subyacente a la construcción de una mitología fundacional en perspectiva femenina, aparece la reivindicación de la mujer artista, pero no sólo se trata de afirmar el poder creativo femenino sino, y, más allá, de desmitificarlo para exaltar la capacidad creadora de la mujer común y corriente.

La postura secularizada del arte y de los artistas tiene una larga y compleja historia que quizás llega

a su clímax en tiempo de las vanguardias, cuando el arte es concebido como una religión con leyes propias gobernadas por un único dios humano, el artista. Sin embargo, cuando este demiurgo de carne y hueso es una mujer existen algunas marcas particulares que merecen ser atendidas. Alguna vez invitaron a hablar sobre su proceso creativo a tres grandes escritoras latinoamericanas, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni y Juana de Ibarbourou. La uruguaya llamó su conferencia “Casi en pantuflas”, este prosaico título encabezaba una reflexión sobre la dimensión humana, o mejor mundana de la poeta junto a la conciencia de la escritura como oficio y no como gracia divina. Decía Ibarbourou que la curiosidad sobre la creación femenina comporta de forma tácita el histórico escepticismo sobre las capacidades del sexo débil. Sus palabras permitían, además, interpretar que la creencia en el artista cómo médium, para el caso de las mujeres, se fusionó en el imaginario popular con la difundida figura de la musa, de ahí que el público reclamara una apariencia sublime de la poeta y rechazara la idea de la mujer en batola, con el cabello sencillamente atado al cuello para la comodidad del trabajo. La Lilith de Martha Patricia Meza habita la enorme casa del mundo, su lenguaje se desliza en pantuflas por los linderos de lo sagrado, su narración revela una intimidad imaginada de lo divino, una historia sin los afeites y la pompa del discurso elaborado para el púlpito y, por el contrario, enriquecida con la picaresca de la vida ordinaria.

“En nombre de Lilith” representa una novedad formal en la producción artística de Martha Patricia Meza, su poesía, hasta ahora compuesta en verso libre,

se caracterizaba por la brevedad, esta nueva entrega vacila entre la prosa y la poesía, se trata de una prosa poética de largo aliento, que presume el tono del relato, aunque a veces la anécdota se fije simplemente como fondo del verdadero acontecimiento, la emoción estética, el goce de la palabra liberada por la imaginación para fundar mundos paralelos.

“En nombre de Lilith” exige de sus lectores un movimiento doble, el primero es desplazar el tema aludido de modo directo –Las Sagradas Escrituras– a la calidad de pretexto para despojarlo de su condición aurática y descubrir que la autora travesea con los “grandes temas” como lo hacen los niños en su exploración del lenguaje. El segundo movimiento es encontrar en medio de la lúdica, el relieve, el verdadero asunto del libro y otorgarle la dignidad del gran tema.

Cristina Valcke
Universidad del Valle

Lilith fue la primera mujer antes que Eva, dijo no y se negó a volver.

En la Biblia de Jerusalén, Isaías 34,14-15, Lilith es monstruo que mora entre desoladas ruinas.

Es uno de los siete demonios de la Cábala demoniaca.

En la mitología hebrea es la primera mujer de Adán. Cuando él quiso acostarse con ella, Lilith consideró ofensivo que deseara ubicarla debajo de él, trató de obligarla y ella lo abandonó. Mujer que todavía vive con Dios y lo tiene entretenido al punto que sigue sin poner los ojos sobre nosotros.

En el Zohar, Lilith es la ramera, malvada...

En la Cábala, reina del territorio de las fuerzas diabólicas.

En el Talmud, madre de gigantes y demonios.

Los hijos de Lilith eran llamados Lilim.

En el Targum Yerushalmi, la bendición sacerdotal de Números 6,26 dice: "Que el Señor te bendiga en todos tus actos y te guarde de los Lilim.

El comentarista Jerónimo (Siglo IV) identificó a Lilith con la Lamia griega, una reina libia abandonada por Zeus a la que Hera robó los hijos. Ella se vengó robando los de otras mujeres. En todas las mitologías existe una representación de Lilith, sea como demonio femenino o como serpiente que nunca descansa.

Monólogo de Lilith

Olvidaste que fuimos hechos de polvo cósmico, somos iguales. ¿En qué momento comenzaste a posar de pavo real, mientras la humanidad se hundía en el lodo de la guerra y la miseria? La mitología me señaló con la culpa de tenerte entretenido entre juegos, sexo, engaños, brujerías. Estoy lejos de considerar ese pasaje. Aunque un día fuimos felices, nuestra relación se deterioró muy temprano. Sentí tristeza de alejarme, de decirte “no más”, después empecé a verte como a un padre o a un amante desolado, cada vez más incapaz de cumplir promesas de tierras a los elegidos, cada vez menos eficiente en hacer llover maná del cielo. Sin embargo, nunca has engañado a nadie, por eso puedo mirarte a los ojos y escupir sobre tu nombre. Fui consciente de las desventajas patriarcales, pude darme cuenta de cómo fueron calladas poco a poco mis amadas hijas, mis profetisas suplantadas, mis hechiceras calcinadas, mis madres declaradas impuras. Sangré con sus dolores, ¿a dónde se fueron las otras, cada una con su historia? Como un testigo de segunda, como Lilith la diosa de escasos poderes, he actuado en nombre de mis hijas, he llevado conmigo cada sufrimiento, cada negación, cada injusticia, cada amordazamiento lo he vivido en mi carne cósmica.

Entré en guerra cuando me nombraste capitana del otro bando, a mí, la auto-exiliada, la que se desnudó ante ti porque te deseaba, la que un día fue feliz contigo y dejó de serlo porque así es el desencanto,

porque me decidí por seres menos perfectos que tú, porque vi valor y virtud en los perdedores, inteligencia en las mujeres, astucia en los pecadores, ternura en los arrepentidos, abandono y compasión en los moribundos. Así fue que terminé, sin darme cuenta, ocupándome de los seres que no quieren nacer. Aquellos que por una extraña visión saben con lo que se van a encontrar y me llaman para que los salve del porvenir y, de paso, para que salve a sus madres de la culpa de haberlos tirado en esta cloaca que es el mundo, y que algunas de mis extraviadas siguen llenando con seres que no querían llegar, con seres no deseados.

Mi fecundidad es excesiva y libre de culpa, consiste en tomarme el semen que sobra de las relaciones sexuales de todos los hombres de la tierra. Vivo preñada y a la vez pariendo espiritejos, hijos naturales de los hombres, seres sin cuerpo, demonios con los mismos derechos de los hijos legítimos. Mi lujuria va de la mano con la alegría, el derroche, el ingenio, la gracia y la intuición. Mi pasión legítima la existencia de seres libres. Mi conocimiento para dar la vida y al mismo tiempo poderla quitar, me hace Diosa. Por ese conocimiento me has envidiado, me has temido, has enviado sobre mí la oscuridad, me vinculaste a las sombras, a la rebeldía, a la perversión, cuando no hay nada más perverso que tu orden de atacar.

Un día cualquiera me senté a descansar en mi desierto y terminé observándome una herida en el bajo vientre, escarbé en ella con los dedos y empezaron

a salirme todos los pobres de la tierra, hordas de hombres y mujeres desarraigados, incurables para la existencia, sin mayor posesión que sus dolorosas llagas de humildad, silencio, desamor, rebeldía y pesadumbre. ¿A qué horas los creaste a tu imagen y semejanza, sin mayor posesión que la miseria de existir? ¿En qué momento me dejé acorrallar tanto en mi condición demoníaca? ¿Por qué no acudí a sus nacimientos? ¿Por qué no estuve en la repartición?, alguna cosa pude haber hecho por ellos. He ahí mi culpa, he ahí mi culpa, dejar esto en tus pulcras e inequitativas manos. Dejaste campear la codicia por el mundo, he hizo bien su trabajo, permeó hasta tus discípulos, tus representantes participaron creando más desigualdad, absolviéron la injusticia, colaboraron activamente en toda clase de asesinatos y holocaustos. ¿Cómo los miras a los ojos cuando te alaban, sin que los borres de tajo de la faz de la tierra? Actúas con ellos de manera absurda, benevolencia que perjudica tu imagen de Dios justo y compasivo.

Seguí observando mi herida y salieron miles de mis hijas, de todos los tiempos, aquellas que siempre llevo conmigo, las que no clasificaron como seres humanos, aquellas que sabían la magia de quitar un dolor de muela, enamorar a un hombre o hacer dormir a un niño, las que por eso ardieron en hogueras, haciendo inmensa mi llaga; las que fueron tratadas con crueldad hasta someterlas, venderlas, menospreciarlas; esas que van quedando en el olvido donde también escondieron a sus hijos y protegieron a la humanidad para que un día fuera eso, humanidad. Me incliné

para besar las lenguas de las que blasfeman y escupen odio, las lamí para apaciguarlas, pero mis lágrimas se confundieron con mi sangre y no pude estar más tiempo ahí, contemplándome, contemplándolas. Levanté la mirada de mi bajo vientre y agucé la vista en el desierto. He ahí la magnitud de mi tarea, cada mujer, un grano de arena, y yo sentada llorando por el pasado sin contar todas aquellas que llevo a cuestas.

Olvidaste ya que un día fuimos felices. Es evidente tu furia desde el antiguo testamento y mi acorralamiento fundacional, pero sabes bien que tú y yo no existimos, porque al negarme a mí, tú te esfumas, por no venir de ningún lado. Vine a contar tu pasado, yo que fui testiga de segunda, ahora soy lengua viperina porque la humanidad debe saber que a quien divinizaron ya fue superado en maldad por aquellos que avalo con su nombre. Un día fuimos felices. Llevo a mis lloronas colgadas de los senos, a los desvalidos sobre la planta de mis manos, para las rebeldes es mi trono, para las lujuriosas mi simpatía, para las infames los buenos augurios. A ti sólo me resta decirte: “gobernaré una Diosa”, y partiré de la compasión a la misericordia en sentido inverso.

Caídos

Los ángeles fueron creados todos al mismo tiempo, nacieron siendo ángeles, no les tocó escalar ningún peldaño, Dios estableció para ellos unas jerarquías, formó su ejército y asignó misiones.

La vida en el cielo se tornó aburrida, el ambiente era irrespirable, miles de ángeles haciendo trabajos menores. El ocio se apoderó del empíreo, empezaron a mirarse unos a otros, luego a sí mismos, el descontento fue cada vez mayor y general. En conformidad con lo eterno, estos seres nunca sentían hambre, jamás pecaban, no sentían calor ni frío. El tiempo y la realidad se convirtieron en una prisión, el cielo se hizo un espacio invivible.

Permanecían en paz, no conocían la ira, santos guardados en urnas eternas. No era un secreto para los habitantes celestiales que, cada uno, alguna vez, admiró a Lilith por su “no rotundo”, por su valor para liberarse, por no aceptar el universo como un regalo. Lejos de recibir un reinado, se nombró madre de lo también creado por ella, aun la ira y la inconformidad del Padre, aun el llanto y la tristeza.

En alguno de estos ángeles comenzó una rebelión, quizás alentado por el ejemplo de la insumisa, se urdió otro acto de libertad, de necesidad y dinamismo, ya que nada se movía en ellos, excepto sus alas. Todo allí era estática celestial.

Dice Lilith que el Gran Señor, Amo de los Siglos, Rey de Reyes, se encerró a llorar largo tiempo después de que ella siguió su camino. No era precisamente por su “no” o su partida, sino por su grandioso ego herido. De inmediato se creó una especie de vacío de poder y una interrupción de obligaciones en el lugar. Muchos ángeles quedaron sin misiones asignadas y no vivían, esperaban. Otros cumplieron sus misiones rápidamente y como ni siquiera se equivocaban, no tuvieron la dicha de tener la ocupación de repetirlas o de volver a equivocarse. Así pasaron el tiempo, envueltos de eternidad y de infinito hasta la asfixia. La paciencia tuvo fin en un ángel llamado Semjazá, él le fue transmitiendo su inconformidad a algunos de sus semejantes: ¿cómo seguir viviendo en ésta trivial repetición mientras en el mundo los mortales despiertan, sin excepción, a vivir-morir sin ser capaces de redimirse del pecado original, se levantan a renegar o a luchar, con mucho por hacer y salvados de la aberración de la inmortalidad?

Semjazá eligió a sus mejores amigos, también inconformes. Cuando se reunieron, ninguno se mostró sorprendido de ver a tantos en las mismas circunstancias. Se organizaron por decurias cuyos jefes fueron Semiazaz, Arakiba, Rameel, Kokabiel, Tamiel, Ramiel, Danel, Ezeqeel, Baraqijal, Ásael, Armaros, Batarel, Ananel, Zaquel, Samsappel, Satarel, Turel, Jomjael, Sariel. Así pues, estos custodios celestiales abandonaron el alto cielo, irrevocable decisión sostenida en su valor, descendieron llegando al monte Hermón. Eran tiempos agitados en la tierra

y los ángeles encajaron perfectamente como piezas importantes del rompecabezas. Los ángeles nunca fueron expulsados. Por voluntad y propio riesgo decidieron escapar del cielo en un acto de insumisión que humilló a Dios.

¿Qué hacer con 200 insumisos o mejor insurrectos? El Creador ordenó al ángel cabeza de su gran ejército. —“Miguel, córtales las alas”. Miguel envuelto en el fuego del amor supremo por el Padre, dispuso a su ejército para la batalla. Los ángeles empuñaron sus espadas, montaron sus caballos infinitamente blancos y sonaron trompetas de guerra. El cielo oscureció. Rápidamente los 200 ángeles entendieron la señal y tomaron sus látigos y espadas, volaron los unos hacia los otros. Ámbitos del cielo y de la tierra se estremecieron de pavor, los ángeles rebeldes pronto fueron apeados de sus caballos alados. La tierra tembló, en el cielo se desbarataron caminos hechos de nubes, pasadizos invisibles. Todo lo que caía provocaba sonidos pavorosamente celestiales. Miguel y sus ángeles recogieron los caballos de los ángeles rebeldes y contaron las alas cortadas hasta que llegaron a 55 juegos de tres pares que pertenecían a cada serafín, y 145 de dos pares que pertenecían a cada querubín. Por orden estricta del Supremo, el archiestratega Miguel dio por terminada la guerra y dejó caer nuevamente en el monte a los ángeles rebeldes, no tenía objeto mandarlos a otro lugar, en el cielo no morirían, porque ese es el lugar de los inmortales. Cada ángel herido, sin alas, perdió la Energía Divina.

Los ángeles caídos dejaron de ser espíritus y se materializaron, asumieron roles femeninos y masculinos, y buscaron a hombres y a mujeres. Estos hijos del cielo llegaron cuando los hijos de los hombres se multiplicaban con las hijas de Lilith. Encajaron perfectamente, todos y todas entre todos. Reproducirse era la única forma de continuarse a sí mismos, pues perdieron el don de la inmortalidad en la caída. Tuvieron hijos que llegaron abiertos al conocimiento, ávidos de sabiduría. Los ángeles traían con ellos información que le fue negada a la humanidad, su venganza fue develar los secretos, las enseñanzas que el Gran Creador depositó en ellos, aunque Aquél nunca les mostro todo lo que sabía y jamás depositó sus poderes en las huestes celestiales, se cuidó de repartir educación y poder en pequeñas raciones, reservándose para Sí Mismo la totalidad del poder y la sabiduría.

Entre los secretos difundidos por los ángeles están el uso de la rueda, la creación del fuego, el conocimiento de medicinas naturales y algunas claves para descifrar los elementos que nos conforman. Instruyeron sobre el orden e iniciaron al hombre en el trabajo de la tierra. También explicaron que la libertad era innegociable, por más que existiera un Todo Poderoso. Asbeel dio consejos malignos a los hijos de Dios. Gadereel adiestro en los golpes y armas que conllevan a la muerte. Peneme ilustró en la escritura con papel y tinta, una de las revelaciones que más irritó al Jefe Único de los Cielos.

Lilith tenía sus preferencias y confiesa que entre las miles de uniones coitales que había tenido de toda índole, parió hijos de monstruos, de hombres, de mujeres, de animales y demonios, pero nunca quiso aceptar la penetración de un ángel espíritu. No fueron pocas las propuestas y los guiños de algunos angelillos que, aunque perfectos, conocían las bondades del amor y, aunque no sentían deseo, podían crear situaciones paralelas o desear que querían desear. Pero los ángeles caídos, ya materializados, tenían el atractivo brutal de sus andróginas figuras y Lilith los aprovechó para traer una de sus mejores cosechas de hijos, así, súcubos hermosos poblaron la tierra, el conocimiento y la lujuria se regaron por doquier. Espíritus de la tierra que tuvieron en ésta su morada.

Ángel mago

Acudía en las mañanas a un lugar reservado del cielo, una especie de pasadizo que le permitía asomarse al mundo. Era un ángel diferente a los demás, un poco liberado, por sus alas, aparentemente con menos peso, de vuelo ligero. Poseía la personalidad necesaria para invocar otros espíritus. Un ángel mago, tal vez un hechicero, volátil.

Cuando caminaba, no lo podía evitar, sus frescos conocimientos no le permitían rozar el suelo, apenas levitaba, desplazándose con una especie de brincos como de grillo, largos e intermitentes. Salía con una capita negra que tenía escondida en el túnel del tiempo. Su mal ejemplo consistía en evocar demonios, crear artificios mágicos, jurar lealtad a Luzbel. Creía que sus seguidores le aclamaban por sus poderes cuando los encantaba tras la manipulación de algunos polvillos atmosféricos que reaccionan de manera natural y que se consiguen fácilmente en el suelo del cosmos. Nunca fue visto con malos ojos, los demás ángeles disfrutaban de cada nueva bebida, de cada nuevo conjuro. Por lo tanto, nunca llegó a oídos del Padre el rumor de que en sus dominios este aprendiz se preparaba todas las mañanas para ser un brujo celestial o tal vez se disponía para un ritual sin precedentes en aquel lugar. En todo caso creó algunas estupideces sin mucho sentido, a las que nadie dio mucho valor. Poco a poco fue olvidando la razón de las cosas, la tragedia del orden, perdía la teoría al lado del delirio, espontáneamente fue quedando fuera de

sí, con esas pócimas secretas se abrió el camino de la libertad. La piedad había cumplido su oficio en el ángel de la capita negra.

Un día el Padre, preocupado con algunos acontecimientos en la tierra, se fue a asomar por aquella abertura y el horror se apoderó de él. Vio al ángel tratando de cambiar el mundo desde su ventana. Se lo encontró allí muy temprano, el ángel llevaba la capa con dignidad de mago, se enfrentó soberbio al Padre, le tiró a los ojos algunas sustancias que jamás funcionaron, eran para asustarlo, para alejarlo. El Todopoderoso sacó un deseo de su bolsillo y el ángel mago perdió sus alas, le cortó de un solo golpe la lengua, lo dejó sin poder caminar y, como si fuera poco, lo arrinconó en las mazmorras del éter para siempre. Fue la primera vez que el resto de ángeles supo quién mandaba allí. Vieron la verdadera oscuridad del firmamento.

El ángel de la muerte

Traficante de almas, dice Lilith que hace el trabajo sucio de Dios. Su primer negocio se remonta a la muerte de Abel, a quien le tocó morir de manera poco elegante, de un garrotazo con una quijada de burro, dada la inexperiencia del ángel en esto de hacer que alguien muriera. Con el tiempo simplificó y sofisticó sus técnicas. Lo que no cambia es su indistinción de juicio, se lleva a cualquiera y por cualquier motivo; nadie, ni el mismo Dios, sabe con qué se va a aparecer en un momento dado, pues en el contrato se pactó autonomía para el ángel, aunque Dios le pasa su propia lista.

Este ángel no da muestra de tener pudor alguno. Pocos saben en su gremio de qué se trata su labor, lo que sí se sabe es que es el único ángel que trabaja *full time*. Nadie conoce el pasadizo secreto por donde sale y regresa muy cansado de sus largas y mortales jornadas. Es un ser huidizo, de mirada vacía. Lilith lo adivina fácilmente en el temblor del aire, lo puede percibir en todos los lugares, lo ve desplazarse sumergido en un espíritu gaseoso y lo ha sentido pasar por su lado, soplo frío, vecino de la inexistencia.

Mensajeros

*Dándole alcance a Lilith en medio del mar,
en aguas tumultuosas donde estaban los egipcios
destinados a morir,
le contaron el mensaje del señor, pero no quiso volver.*

Sefer Ben Sirá
(Sabiduría de Jesús, hijo de Sirá)

Los ángeles enviados por el Padre recibieron el “no” de Lilith de muy mala manera, no pudieron ser más violentos, la acosaron hasta el cansancio y blasfemaron, se les oía gritar frases que en realidad no estaban autorizados a decir: “¡Lilith, maldito el dragón salido de tu escritura!” “¡Desgraciadas las que ríen, arderán en el fuego eterno!” “¡Has perdido la pureza!” “¡Desaparece prostituta de las sombras!” “¡Huye a tu abismo!” “¡Te sepultaremos en el fondo del mar!”.

La del buen sentido, que veía a los tres angelitos desesperados e impotentes, la hereje exquisita, perdió los estribos sólo cuando pronunciaron esta última afrenta: “¡Profanaremos a tus hijas!”. Se oscureció el cielo y el mar, se escuchó un ruido de magia atravesado por violentas palabras que aún no sabemos qué significan. Un trueno iluminó el firmamento chamuscando a los justicieros de Dios. Desplumados, renegridos, despojados y en medio de una angelical vergüenza, Lilith tuvo que devolvérselos personalmente al Señor, porque ellos eran incapaces de regresar, les hacían falta las alas.

Abaddana

Con jerarquía de serafín gozó de los privilegios de la corte celestial. Su esencia pertenecía al Todopoderoso. De los ángeles era el que al volar dejaba figuras de luz, destellos en cada cabriola e iluminaba todos los espacios. La blancura de sus dientes la envidiaban los negros y el cielo. Abaddana fue de los primeros en adherirse al ejército de “Los Caídos”, uno de los más rebeldes, el que más se cansó de hacer nada. Su labor era regir una hora específica del día, la 1:00 p.m en el cielo, la hora de la siesta. Esta labor la desempeñó a cabalidad durante muchos siglos. Realmente, nunca tuvo que hacer nada en su garita, pues a esa hora y durante ese tiempo en el cielo no se oía ni un suspiro y menos un ronquido porque los ángeles no roncan... ni suspiran. Permaneció firme en la jefatura de ese cargo de total inactividad en la bóveda celeste. En esos siglos acumuló una pereza inmensa a causa de su inútil labor y finalmente se llenó de insatisfacción y rabia.

El valiente ángel se alistó con los insurrectos y participó en la gran batalla de “Los caídos”. Allí se enfrentó con el que antes fuera su amigo Miguel (el que es como Dios), quien con su arma doblemente poderosa quemó, retorció la espada de Abaddana. Luego procedió a cortarle los tres pares de alas y a leerle el decreto por medio del cual quedaba expulsado para siempre del Coro de Ángeles Celestiales, porque había pecado contra el Padre y desde ese momento su esencia quedaba ligada al mal. El gran Miguel finalizó

la faena dándole una furiosa patada al vencido serafín, lanzándolo al vacío de una vez por todas.

Abaddana cayó a cualquier parte, transformándose inmediatamente en un ser vivo, de carne y hueso, bello físicamente y de altísima estatura. Aquí comenzó su peregrinación, siendo vencido de inmediato por las hijas de Lilith en la lujuria. Con ellas hizo una alianza profunda, entró en un tiempo tranquilo y muy activo en producción de hijos; enseñó a la humanidad saberes que traía del cielo.

El humanizado ser terminó por percibir, primero en sueños y luego de manera consciente, una sensación de arrepentimiento. Así que decidió hacerle guiños al Omnipotente, a acercársele, le hizo señales, fue a los sitios donde se decía que este aparecería, pero la indiferencia quedó latente en el aire, en la tierra, en la zarza ardiente y en el agua, el olvido brutal se hizo evidente en el silencio de Dios ante aquel que un día fuera su amado, mimado y muy protegido Corodangel. El padre lo ignoró.

El ex querubín se obsesionó física, metafísica y filosóficamente con la idea de volver al cielo, el que nunca debió abandonar, hasta que un día comenzó a saltar y saltar, a escalar los montes más altos y saltar para ver si así alcanzaba las elevaciones celestiales, pero tuvo la mala suerte de quedar después de muchos intentos, engarzado en el firmamento meridional. Abaddana quedó suspendido entre el cielo y la tierra. Allí permanece hasta hoy, cabeza abajo, pies arriba,

convertido en una constelación, sin misión específica, aunque de alguna manera volvió a iluminar, a darse cuenta de las cosas que suceden encima y debajo de él, con aquella distancia necesaria para estar en paz con ambos lados. Abaddana es la constelación de “El arrepentido”.

Los motivos del mundo inferior

El infierno es el mundo (Schopenhauer)

El infierno es el desamor (Bernanos)

El infierno es el olvido (Unamuno)

El infierno es la ausencia (Verlaine)

El infierno son los otros (Sartre)

Tímidamente preferiría fiarme del Tommaseo: “parte ínfima de la tierra, porque infierno se comprende según su etimología, que no suena a otra cosa que a algo inferior...”

Gesualdo Bufalino

Dios en su inmensa soledad quiso tener compañía y parte de ésta se hallaba representada por ángeles, arcángeles, querubines, serafines, etc. Entre las cosas que no le quedaron bien hechas, estuvo uno de los ángeles. Desde que fue creado el angelito comenzó a hacer fechorías, era rebelde, se creía de superior belleza y sabiduría, vivía dedicado a admirarse a sí mismo, sentía total fascinación por su figura. Pulcro y malicioso este habitante del éter, mostró desde el primer momento ser muy diferente a los demás miembros de la corte celestial.

Por su parte, El Que Todo Lo Sabe nunca lo llamó a su lado, ni le tuvo afecto alguno, no fue de sus preferidos, no le tuvo en cuenta para misiones angelicales, no hubo entre ellos amistad ni tratos. Sin permiso de nadie, se lanzó un día del cielo ignorando que tomaba el camino al abismo, tampoco se percató de que desde ese momento no volvería a tener paz. El sublevado traía planes que no vio realizarse, él comenzaba su “aventura” al mismo tiempo que el Padre le abría un agujero para que siguiera derecho hacia las

profundidades de la tierra, lo confinó a las cloacas, a las minas, a las fosas. El hueco era tan hondo que llegó a la zona del fuego. El infortunado no conocía ni disfrutó placer terrenal alguno, nunca se convirtió en serpiente, no sedujo a nadie y no pasó por el paraíso. Por el contrario, le tenía gran fobia a los reptiles, no soportaba ver a una víbora amenazándolo, así que procuro estar rodeado por las llamas para evitar no sólo a sierpes sino a tanta naturaleza muerta, raíces, almas y sustancias inmundas. La combustión avivó su libido, pasó a ser amigo de masturbarse.

Dice Lilith que el diablo se convirtió desde entonces en el duende del fuego, ángel carbonizado, feliz de todas maneras de no vivir en las alturas, así lo indican sus carcajadas que se oyen aún en el vacío y tienen la fuerza de un incendio. Nadie debe creer que los pecados capitales se dan en el infierno, ni siquiera la gula se puede practicar, el ángel que venía acostumbrado a una alimentación exquisita nunca volvió a saborear lo que se come, ha tenido que conformarse con las porquerías que consigue, seres putrefactos, almas en descomposición, de ahí sus pésimas digestiones. Su estiércol difunde, al contacto con el fuego, los olores más insoportables y nauseabundos.

Esta brutal caída hacia lo repugnante, al humus, también convirtió al demonio en el máximo juez de las profundidades. Aunque vive ocupado desde siempre evitando la carroña que le rodea, porque diariamente descienden allí miles de almas que se lanzan por sus propias culpas o son empujadas por otras. Estos

espíritus que apestan y, peor aún, que no mueren, sacuden el ambiente en hordas peligrosas, esperan un juicio que nuestro ocupado en sí mismo nunca hará.

Sumergido en sus ruidos, en sus ritmos, en sus olores, perdido de puntos cardinales, refinado en la blasfemia, de ojos inteligentes, dueño absoluto de su monólogo, de juguetona maldad interior que jamás podría compararse con la maldad estructural de los seres humanos, Satanás en su particular egoísmo no escucha a los que claman afuera de su círculo de fuego, no ve a los que pelean entre sí, ni oye a los que mugen, chillan, braman, silban, gritan, ladran, aúllan. Escondido el diablo de lo que sucede afuera de las llamas, convirtió el averno en un tribunal donde no se resuelve nada, ningún juicio llega a término, allí caducan las fechas de vencimiento. A él pertenecen la región de las tinieblas, el río de fuego y los cimientos de la tierra.

Este ángel, dice Lilith que lo ha visitado, está esculpido en actitud vengativa desde la hondura. Jamás ayudó a bruja o hechicera, no delegó poderes, ni hizo apariciones en público. A pesar de su naturaleza ardiente, no tentó a nadie. Lilith aprovechó la lujuria demoníaca para procrear y parir spiritillos que no se podrían catalogar de malignos, llamados Lilim o demonios bebés. Así quedó ella marcada con la calumnia histórica de ser “la consorte del demonio”, aunque la cópula con él solo duró unos segundos; y durante el trance sólo se trató sobre asuntos de políticas de almas.

La creación

Lilith y Dios fueron arrojados un día de furia del Árbol Universal, cayeron en un ambiente sombrío. Era la nada. Traían entre ellos una relación no muy buena y algunas cosas en común, muy poquitas.

Él trató de convencerla de que esa oscuridad era la eternidad y quería que la pasaran juntos. Ella dijo que “no” y se marchó. Lilith buscaba una salida imposible de encontrar y a Él se le ocurrió que utilizando su poder la retendría, entonces hizo la luz, para deslumbrarla. Con una mueca ella dijo nuevamente que “no” y continuó buscando la salida de la nada. Entonces a Él se le ocurrió utilizar nuevamente sus poderes para llamar su atención y comenzó a armar este rompecabezas, con la clara idea de seducirla. Así apareció el paraíso; pero ella miró por el rabillo del ojo y dijo “no” a tanta belleza.

En su afán de persuadirla, completó la creación del Edén. Ante la negativa de Lilith de quedarse a su lado, le prometió que cuando volvieran a hacer el amor Él trataría de hacerse debajo, que se apoyaría en los codos para no aplastarla con su peso. Punto en el cual nunca habían logrado ponerse de acuerdo. Pero aun así, el “no” fue rotundo. Pronunció su nombre y se marchó.

Dios entró en cólera, de toda su fuerza salió el primer rayo y el relámpago, energía inusitada que lo dejó mal de la vista por unos segundos. Se le quemaron las

pestañas y el mechón de pelo sobre la frente. Empezó a perseguirla, hizo las nubes, espías que le contaban por donde caminaba la muy alegre Lilith, el sol la atraía con su brillo, fue fecundada por el viento, por eso se convirtió en madre de todas las cosas, mientras Dios establecía su imperio en el cielo, poseso de ira al darse cuenta de lo que hacía la “libertina Diosa”.

Acto seguido le declaró la guerra a la dichosa Lilith. Cuando ella caminaba por los valles, le inclinaba el suelo hasta convertirlo en abismo; las protuberancias de tierra, las montañas, eran muros; obstáculos para que no le rindieran las caminatas, los riscos, los picachos. Así fue como Dios, en medio de su ira, terminó de fundar el paraíso. Inventó los ríos cuando vio que no caía fácilmente, pero ella superó rápidamente sus aguas. Creó los mares para ahogarla; hizo las tempestades, planeó los diluvios, todo acompañado de terribles sonidos. Nada amedrentaba a nuestra Lilith, quien encontró delicioso el fondo del océano, incluso le parecía divertido el asunto porque había descubierto que amaba el peligro y encontraba soluciones prácticas.

De esta manera iban apareciendo en el paraíso “los fenómenos naturales”. Un día, ella descansaba tranquila en la cima de una gran montaña cuando ésta explotó de manera brutal. Así Dios creó los volcanes para socarrarla, todas las erupciones del mundo para aniquilarla. Creó las selvas, espesura que interponía cada que ella se dejaba ver. Lilith aprendió a volar tratando de superar obstáculos, así agudizó el don de

la intuición, don que heredó únicamente a las hembras de su estirpe. Cuando ella trataba de acostarse un rato a dormir, Él le sacudía la tierra, de ahí nacieron los terremotos y maremotos. Ella abandonó el paraíso, aunque estos fenómenos le parecían simpáticos, comenzaba una etapa de su eternidad más relajada, en la que pudo ser más ella, vivió sus propias crisis y su existencia marcó a las féminas libres, rebeldes y buenas del universo. Ella habitó las inmensidades del mar, de la tierra y del firmamento.

Aquí comenzó la degradación de la Diosa que terminó siendo la degradación de sus hijas por querer decidir sobre su propio destino. Dicho sea de paso, tal vez este sea el pecado original y sólo lo heredaron las mujeres, relegadas a la oscuridad y asociadas a lo maligno, borradas de tajo de la creación misma.

El cielo que habita Dios pende de los pezones de los senos de Lilith. Todas las criaturas del universo son sus hijos. Para opacarla se creó el caos; para desaparecerla, la noche; para ahogarla, el océano; para quemarla, el fuego. Aun así, la presencia de la Diosa en la creación es clara e indiscutible.

Eva y Adán

*Yo soy un experimento, un experimento en estado puro.
Nadie puede percibir como yo, este sentimiento de constituir un
simple ensayo.*

Acerca de esto me siento profundamente segura.

Lo afirmó: soy un experimento y nada más.

Mark Twain

Para Lilith, Eva y Adán fueron elementos añadidos al paraíso en una fatal coyuntura para la humanidad. Adán fue hecho, igual que Eva, de barro y excrementos. Juntos fueron lanzados al mundo con indignante indiferencia, en una fórmula de pareja que lo único que logró fue hacerlos sufrir de absoluta y profunda soledad, a pesar de hacerse compañía.

Adán fue hecho a imagen de Dios y Eva a imagen de Lilith, pues Dios no conocía otra fémina. A Eva le fueron concedidas algunas características de Lilith. Sin poseer la intensidad de la diosa, Adán nunca pudo resistir el vigor de su compañera, porque Dios creó al hombre a su imagen pero le restó inteligencia y, sobretodo, no le dio ningún poder. Cuando Dios vio su obra se encargó de volver sumisa a Eva, a los golpes. Especialmente al darse cuenta de que podía tomar el mismo camino de Lilith, pues ya veía a la mujer un poco incómoda haciendo el amor con Adán y exigiéndole que se pusiera debajo o en alguna otra posición que al Creador se le antojaba indigna de un varón.

Entonces hizo el Padre el montaje de la seducción con manzana y serpiente, actores que complicaron la

situación de la libre e inocente Eva. A Adán no había que tentarlo, estaba hecho de bajas pasiones y sin muchas posibilidades de perfeccionar el espíritu. Eva y Adán fueron manipulados hasta que terminaron involucrados en una situación de culpabilidad, con la que quedarían marcados, ellos y toda su descendencia, crimen que nadie ha podido explicar bien.

Adán trataba de comprender lo que pasaba, mientras tanto Eva se empezó a culpar a sí misma. Aunque no formaban una muy buena pareja, cuando Dios señaló a Eva como pecadora y la vio tan parecida a Lilith, Adán fue solidario, salió con ella del paraíso, él no veía razones ni motivos para culparla. Pero Dios, que se miraba en su espejo, siguió culpando a Eva, a la serpiente, a la manzana, a Lilith, nunca a Adán, quien callado acompañaba a Eva, pues no quería ningún problema con el Padre.

“De la mujer tuvo principio el pecado y por causa de ella morirán todos”. El Padre satanizó a la mujer y todo lo que le recordaba a Lilith, por miles de generaciones. Incitó a los hombres a mantener a Eva y a sus hijas siempre en lugares inferiores o lugares en desventaja.

Dice Lilith que así fue como todo comenzó mal para Eva y Adán, seres que ni siquiera pidieron ser traídos, menos sabían que vendrían a formar parte de la treta que se urdía en el paraíso alrededor y al interior de sus miserables existencias. Jamás imaginaron que serían el primer capítulo de la infinita tragedia humana,

instaurado a todas luces de manera imperfecta. Eva y Adán fueron el principio del padecimiento humano.

Dice Lilith que Eva y Adán están sepultados en la misma cueva. En un sitio de donde no pueden ser inhumados, así lo decidieron, tenían la certeza de no querer volver.

La serpiente y la manzana

Lilith se encontraba en el paraíso a la hora de la expulsión de Eva y Adán, con tan mala suerte para las serpientes que Lilith estaba también en aquel manzano. Comía feliz limones y manzanas mientras observaba con gusto infinito que Eva y Adán habían aprendido a usar del sexo. Estaban entusiasmados inaugurando lugares sombríos y distintas posturas, imparables en aquello del reconocimiento inicial.

En este momento Lilith no era astuta y la serpiente pasaba por ahí. Simplemente asistían a la naturaleza desde aquel árbol. La sombra del arbusto era remanso de frescura para los novatos e incansables amantes, que fueron pillados en ese lugar por el Todopoderoso, *in fraganti*. Puede dar fe Lilith de que la cosa del sexo entre ellos no había empezado allí, si el Hacedor lo hubiera querido evitar hubiera llegado antes o no los hubiera sexuado.

Dios, como un niño malcriado que no sabe qué hacer con la culpa, condenó lo que más a la mano tenía, a las serpientes a arrastrarse por siempre y a las manzanas a ser frutos prohibidos por el hecho de estar en el lugar y en la hora equivocada.

Nota:

De todos los castigos dictados con ocasión de la Ira Divina en épocas del paraíso, el único que pervive hasta nuestros días es el de la pobre serpiente, condenada a arrastrarse por el polvo durante toda su vida.

Caín

La maldad existe porque el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, ¿cómo evitarla entonces? Dice Lilith que el primer homicidio fue ordenado por el Padre. Caín obedeció y mató a su hermano Abel, sin calcular lo que se le venía encima. Caín fue parte esencial de un montaje, idiota útil. El culpable fue castigado de manera ejemplar para dejar claro, desde el alba de la humanidad, aquello que debían sentir todos los seres humanos: “Temor de Dios”. El Padre no tuvo en cuenta que así se le enseñaba al hombre, de entrada, a matar a sus hermanos, sin más, y con lo primero que tuvieran a mano, en este caso, una quijada de burro.

El Señor apareció en escena con Ira Santa. A Lilith le pareció esta entrada, con castigo incluido, excesiva. El único y verdadero drama lo padeció Caín, ya que Abel fue tratado –por el remordimiento que sintió el Padre de apagarlo de manera tan brutal– como ningún otro. Se lo llevaron inmediatamente, entró a vivir a la diestra, en el clan de los protegidos del cielo, sin tener que cumplir ningún requisito, porque eso sí lo sabe muy bien nuestra Diosa, Abel llevaba consigo algunos pecadillos.

Más temprano que tarde vio Lilith llegar a Caín al exilio. Lilith salió del Edén por su propia cuenta, pero Caín venía en calidad de expulsado. Apareció muy fatigado de caminar, acosado por múltiples tormentos, todos peores que la muerte. Un problema

motriz hacía que se sacudiera todo su cuerpo, necesitaba una especie de impulso para desplazarse de un lado a otro con muy poco equilibrio. Traía con él la orden de que “nadie debía ofrecerle amistad y mucho menos causarle la muerte”. Deambulaba en el día, y en la noche lo asediaba una perpetua falta de sueño; sus únicos descansos consistían en tirarse en algún sitio a quejarse del hambre feroz e insaciable que sufría. Luego de varios días, un cuerno floreció en su frente, se erigió de manera vergonzosa en medio de sus cejas. Como si fuera poco, un grito fratricida retumbaba por los valles y montañas que transitaba, eco de la oscuridad que lo perseguía.

Lilith pudo conocer profundamente a este Caín e incluso llegó a desearlo. El exiliado, a su vez, la deseó locamente, pero a él le fue impuesto también como castigo la decepción de los deseos. Para Lilith nada era imposible, creativamente copuló con el cuerno que crecía en la frente de Caín, pariendo luego un hijo que llevaría el nombre de Enoc.

El diluvio

Muy amigos, Dios y Noé, pasaban algunas tardes conversando. En realidad era un interminable monólogo de la Divinidad, al punto que Noé sabía más de Dios que Dios de él. Todavía estaba cerca la época en que la huida de Lilith había afectado el ego del Padre y en vista de que ninguna triquiñuela le daba resultado a Éste para que ella volviera, comenzó a llorar amargamente, copiosamente, profusamente. Noé, inteligente, pronosticó un diluvio. Se fue a casa, ordenó a sus descendientes subir al arca con parejas de animales, ojalá los más exóticos de cada especie. Lilith da fe de la existencia de muchísimas otras especies que jamás abordaron el arca. Lloró Dios por 40 días y 40 noches. En el arca navegaron por el llanto de Dios sobre la tierra.

Dice Lilith que no sabe si llorar para Él fue un objetivo o una manera de curarse, pero le sirvió para dormir otros 40 días y 40 noches el cansancio del llanto. Jamás se hizo inventario, pero esta fue una gran crisis ecológica en su momento, dada la inmensa cantidad de especies que desaparecieron, por citar algunas: potoferos, linanticos, rulitifos, quebrnicos, lozas y muchísimas más que jamás subieron al arca.

Sarah

Para él lo esencial del matrimonio era tener a su mujer viviendo en su tienda, a donde regresaba a descansar del pastoreo o se acunaba en tiempos difíciles.

Entre los deberes de Sarah con Asban estaba preparar una tinaja de agua para lavarlo cuando regresaba de su extenuante labor. Lo envolvía en una manta que previamente había sido cocida con hierbas tranquilizantes para que durmiera, descansara por varias horas y despertara totalmente reparado, pudiendo continuar nuevas jornadas de trabajo y de oración. A ella le correspondía esperar afuera, salir de la tienda, abandonar su morada cuando el profeta oraba. Su presencia contaminaba, ser mujer era lo mismo que ser impura. Peor aún, y más lejos debía estar del sitio de oración de su marido si tenía la menstruación, estaba embarazada o en puerperio. Su presencia de todas maneras era la suciedad del habitáculo, la inmundicia que circulaba en el ambiente a la hora de recibir a Dios. Cuando Asban terminaba de orar, ella podía entrar a su humilde hogar y debía mostrarse muy sorprendida por la luz que aún se reflejaba en paredes y techos de la estancia. Agradecida debía caer de rodillas por haber sido visitada aunque no mereciera tan miserable mujer la cercanía de Dios. Algunas veces Sarah, en actitud casi rebelde, ponía en duda lo que adentro de su casa sucedía, mientras ella aguantaba afuera fríos o calores extremos lejos de su tienda.

Asban, quien ya había tenido muchas esposas e hijos que completaban una tribu, estaba lleno de años y con muy pocas “ganas” de inaugurar faena erótica alguna con su hermosa y joven esposa. Ciego de confianza en Dios, agradecía cada hijo con la felicidad del que nunca tuvo que hacer un esfuerzo para concebirlo. Sarah terminaba su pubertad y la asaltaba la duda; creía, y no se lo contaba a nadie, que después del desierto o de tres poblaciones que conocía de paso, había más allá, inclusive creía que ella debía tener algún valor aunque nadie le dijera exactamente en qué consistía. ¡Las cosas habían sucedido tan rápidamente cuando su madre la entregó al patriarca que pasaba por ahí! Él posó sus ojos sobre la niña, más por antojo que por deseo. La madre le puso una túnica suya, unas sandalias de su hermana mayor, la entregó al viejo y como único consejo: —“Di a todo que sí”.

Ella, que vivía para mirar más allá, vio un punto en el desierto que se fue acercando hasta tener rostro y figura, era “Primero”. El individuo era una especie de médico general del desierto con conocimientos empíricos en dientes, cuerpos, plantas y animales, era un hombre que caminaba por ahí haciendo el bien. En su corta estadía dictó nuevas normas a la confundida Sarah, dispuesta desde que lo conoció a decirle sí, dijo sí, sí a todo lo que preguntaba y ordenaba el fundacional “Primero”. Un día lo vio alejarse, argumentaba que ella no se había definido sexualmente, pues Sarah lo había sorprendido con el comentario de alguna fantasía que pasaba por su cabeza, fantasías que vivían con ella y que acompañaban a su soledad.

Ella, que vivía para mirar más allá, vio un punto en el desierto que se fue acercando hasta tener rostro y figura, era “Segundo”, venía cargado con algo invisible pero pesado. Dice Lilith, que sabía apreciar la belleza de los hombres, que este era un hermosísimo ejemplar. A Sarah le pareció diferente. La invitaba a pasar delante de él cuando caminaban y la tomaba del brazo ante algún obstáculo. Sarah se dio cuenta de que todo lo tenía dispuesto y ordenado en una extraña estantería que tenía en la cabeza, impactante ver todas sus cosas en el lugar exacto, menos una. Ella que conocía el físico de los hombres porque tenía que bañar a su marido y porque tuvo relaciones íntimas con “Primero”, sospechó y después supo que “Segundo” tenía el pene torcido, deformación que le causó algunos dolores durante el coito y al final una gran decepción, aunque para ella misma resultaba incomprendible... decepción es decepción y adiós “Segundo”.

Sarah, que vivía para mirar más allá, vio un punto en el desierto que se fue acercando hasta tener rostro y figura, era un ser alucinado, “Tercero”. El tipo se fumaba cuanta ramita paría la tierra, vivía para hacer rituales y estuvo ocho días en su vida, los pasó de alucinación en alucinación y se marchó alucinadamente dejándola embarazada. Al regreso, su marido Asban agradeció a Dios –ocho días seguidos dentro de su tienda– el envío de un nuevo hijo. Ocho días en los que Sarah vivió y durmió con las cabras en el improvisado corral, ya que la impureza de su estado ofendía a hombres y dioses, no obstante lo valioso del

producto que llevaba en sus entrañas. Al salir de su retiro en oración, Asban dio la noticia, el nombre de su nuevo hijo le fue revelado.

Sarah, que vivía para mirar más allá, estaba remendando el techo de su estancia y vio un punto y otros puntos en el desierto que se acercaron y se fueron tan rápido como llegaron “Cuarto”, “Quinto”, “Sexto”, “Séptimo”... y perdió la cuenta y olvidó sus nombres.

Sarah, que vivía para mirar más allá, vio un punto en el desierto que se fue acercando hasta tener rostro y figura, un hombre unido a un caballo, el tipo nunca apeó, caminó por la casa de Sarah siempre montado en la bestia, allí comía, oraba, la poseía. Ella sentía que el caballo no le proporcionaba espacio suficiente para vivir con el particular personaje. Terminó mirándolo de abajo para arriba hasta que sintió un dolor en la nuca, que de una tortícolis pasó a dolor de cabeza y luego se convirtió en un odio feroz. Sarah adquirió la mirada de una rata aplastada o por lo menos en peligro de serlo, lo cual hizo huir despavorido al hombre con caballo y todo.

Sarah, que vivía para mirar más allá, vio un punto en el desierto que se fue acercando hasta tener rostro y figura, era “Gonos”, un tipo muy orgulloso de ser el portador de un don que enloquecía a las mujeres. Después de poseerlas causaba en las vaginas receptoras acaloramientos, pruritos, desesperaciones feroces e inflamaciones con extraños exudados. Sarah no fue la excepción y cayó seducida por el extraño órgano.

Al regreso, Asban encontró a su mujer en deplorable estado, presa de una picazón que la hacía brincar y correr como si estuviera poseída, entonces decidió devolvérsela a su madre pues poco le había servido; y no se podía descartar que estuviera conspirando contra las leyes de Dios, a pesar de mantenerla alejada y protegida de los daños que pudieran hacerle hombres o patriarcas que vivían en otros sitios.

Sarah, que vivía para mirar más allá, atravesó el desierto y llegó a nuevas tierras y siguió y siguió, viviendo para mirar más allá.

Raquel, la náyade y el fauno

La familia de Raquel vivía en la caída de una pequeña montaña por donde bajaba una corriente de agua. En aquella fuente se asentó una extraña compañía, una hermosísima ninfa de agua o náyade. El pequeño ser existía sólo para sus ojos. La ninfa se dejaba ver de ella, se sentaba en la orilla del arroyo a peinar sus largos cabellos, mientras Raquel le cantaba canciones de amor y fantasía con voz muy dulce, que entretenían a la sílfide y la hacían permanecer allí por más tiempo del que pensaba concederle. La ninfa se podía quedar, ante el embeleso de la mirada de Raquel, acariciándose, acicalándose, juguetona y desnuda sólo para sus ojos, durante varias horas. No había placer igual para la siempre solitaria Raquel que estos ratos absolutos e íntimos con su ninfa, momentos que se regalaba a sí misma como única alegría. Su vida estaba bajo la tutela de Laban, el padre. Ella era una mujer hecha para asumir trabajos y responsabilidades, cuando estaba en la siega le gustaba pensar que regaba la sal del mundo por la tierra para que aflorara la vida. Imaginaba que era sal lo que sembraba.

Una noche de luna llena, Raquel salió a cantar a la ventana de la tienda para atraer la presencia de la náyade y vio con sorpresa que entre el follaje de los árboles algo se movía con extraña rapidez. Aguzó la vista y, aunque seguía cantando para su niña que jugaba distraídamente en el agua, se encaminó hacia el sitio donde algo no dejaba de agitarse y, cantando, se alejó un poco de la fuente de agua. En aquel

instante un raro visitante abordó a la ninfa, abusó de ella y huyó en medio del bosque. Era un fauno, mitad hombre mitad chivo, que la venía acechando desde hacía días. Raquel volvió al arroyo, comprobó con sus ojos el aterrador hecho: la siempre acicalada y erótica figura convertida en una rama quebrada, sin expresión en el rostro. Sintió un dolor brutal en el alma, sin duda, pensó que era su culpa, ella sabía que los faunos perseguían a las ninfas para poseerlas; ella misma, sin ser ninfa, fue poseída a la fuerza por uno de esos sátiros aprovechando su soledad en la tienda. Pero esto no dolía tanto a Raquel como el ultraje a su niña del agua, al hada del arroyo.

Todo podía suceder ya. Vacía de sí misma Raquel fue recibiendo lo que le brindaba la vida, todo era un préstamo. Siguió asomándose al riachuelo en silencio y decidió no volver a cantar nunca más, así la ninfa no saldría exponiéndose a ser violentada de nuevo por el inescrupuloso ser que existía dominado sólo por su instinto. Raquel regó la sal del mundo alrededor del arroyo, susurró palabras que pedían perdón y escribió otras de amor y fantasía bajo los nenúfares para que su náyade las leyera y las oyera en el fondo sin exponerse nuevamente al peligro de la superficie.

Raquel y el destino

Lilith que de lejos acompañaba a Raquel en el transcurso de su vida, vio como ésta continuaba sin mayores sobresaltos pero llena de trabajos y responsabilidades. Dios no tenía mayores regalos para Raquel, hasta que apareció de manera sorpresiva Jacob. Si bien Lilith estuvo convocando algunos amantes para Raquel, Dios fue más poderoso en trazarle el destino. Lilith sentía a Raquel libertaria, rebelde y apasionada, su nombre invitaba a trazar otro rumbo. Pero llegó Jacob, el suplantador de Beerseba. Había recibido la bendición de su padre haciéndose pasar por su hermano Esaú y de esta manera obtuvo poder y fortuna en tierras. Llegó a Padam-aram por consejo de su madre Rebeca, quien lo habría secundado en fechorías y manipulado para que fuera a tomar como mujer a una de sus primas, las hijas de Laban. No quería más extranjeras en su familia, así que lo envió allá con la orden de llegar con sus mujeres e hijos a ser multitud. Cuando estuvo Jacob en presencia de Laban, sabía de Raquel porque la había apreciado en la siega. Ese nombre convocaba a ser amante, tenía fuerza, la que se necesita para avanzar, además la muchacha era de lindo semblante y hermoso parecer. Jacob la amó sin más y de entrada la pidió a Laban como compañera. Pero Jacob debió servir siete años a Laban para que se la concediera como su mujer. Terminados los siete años, que fueron siglos porque la amaba, le fue entregada Lía, hermana mayor de Raquel, la de ojos delicados, y junto a ella su criada Zilpa.

Aunque le gustó pasar unas noches con Lía, Jacob volvió a reclamar a Raquel. Ante esta queja Laban manifestó: “cumple con Lía y sírveme otros siete años, cuando eso suceda te entregaré a Raquel”. Cumplido nuevamente el plazo que le fue impuesto, Laban le entregó a su hija Raquel y a su criada Bilha, quien no la desamparaba. Eran amantes y amigas de larguísimo tiempo, inseparables; las dos se fueron en matrimonio con Jacob, pues Laban sabía que esta compañía mantendría de mejor carácter a Raquel.

Jacob resultó ser el reproductor que esperaba su madre Rebeca, de haber vivido más tiempo habría poblado completamente la tierra. Con Lía tuvo a Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón; con Zilpa, sierva de Lía, a Gad y Aser; con Bilha, sierva y amante de Raquel, a Dan y Neftalí. Pero Raquel no soportó vivir con Jacob, nunca lo amó, le dio un primer hijo, José, y en el parto del segundo, Benjamín, pactó con Bilha para que la asistiera en el parto, y del mismo modo lo hiciera en su propia muerte, la única manera de liberar su cuerpo y su alma de la esclavitud.

De ahí en adelante, con la ayuda de Lilith, Raquel pudo emprender un camino diferente que la llevaría al amor verdadero que ella sabía, desde siempre, que pertenecía a otros planos astrales. Raquel pidió ser dejada en la tranquilidad del arroyo, cubierta de nenúfares.

Visita a Ester

Brajaja, que traduce en ningún idioma “la que cae por segunda y más veces en igual error”, salió muy temprano de su casa en Pravera. Debía atravesar el campo por un camino muy largo para llegar a la estancia de su hermana Ester, en Susa, quien se encontraba en cinta y a la que pretendía asistir en el parto. Los peligros del viaje consistían sobre todo en fieras que atacaban en la noche, así que Brajaja debía caminar con paso firme, el viaje hasta donde su hermana le tomaría varios días. Ya había hecho la travesía otras dos veces con motivo de los dos primeros partos de su hermana Ester.

Llegando al gran valle comenzó a sentir más calor del acostumbrado y una especie de incertidumbre que no le permitía caminar con la determinación del principio. Se aproximó al río lentamente para confirmar que ahí estaba el mismo barquero, el que la pasaría a la otra orilla, no podía hacerlo de otra forma, ella no sabía dominar esas aguas.

—“¿Qué tienes para mí Brajaja?”, preguntó el barquero. —“Sé que debes cruzar el río y no tienes monedas para pagar este servicio, así que mira bien, pues me debes pagar con algo. Yo no te engañaré mujer, si me das unos besos, si te entregas a mí, me sentiré bien pagado.” Brajaja, recordando que no había sido capaz de corresponder a este pedido en otras ocasiones pues se había arrepentido en la mitad de las torrentosas aguas, contestó: —“traigo un poco

de comida, Sifirum”. —“No es lo que deseo, te deseo a ti”, repuso el hombre. Sin otra alternativa, se subió a la barca, se quedó quieta mientras Sifirum se fue acercando poco a poco, con la delicadeza de quien no quiere maltratar lo que se va comer. La barca avanzaba por el río. Brajaja, al verlo tan cerca y comprobar que iba en serio, empezó a sentir repugnantes y asquerosas aquellas caricias, y asustada gritó: —“no más”. Como la primera vez, él entró en cólera y comenzó a amenazar con voltear la barca haciéndola zigzaguear peligrosamente y encausándola por la peor parte del río. Brajaja lloraba, sin poder entender por qué le ocurría otra vez algo tan horrible, por qué caía presa en la misma trampa. Sin embargo, esta vez Sifirum se calmó y le dijo: —“No te haré sufrir tanto como las otras veces, pero ahora tú misma decidirás: te tiras del barco o te quedas, si te quedas ya sabes cómo debes pagarme”.

Lilith, quien nos cuenta la historia, perdió de vista el episodio en un desafortunado instante de distracción. Esta es la hora en que no sabemos qué decidió hacer nuestra querida Brajaja.

Salomé

Princesa idumea. Hija de Herodías (nieta del feroz Herodes) y de su tío Herodes Filipo, a quien abandonó por el tetrarca Herodes Antipas, de quien consiguió lo que para ella y su hija quería: riqueza y poder.

El pueblo criticó la unión entre Herodías y Herodes Antipas por ser éste hermanastro de Herodes Filipo y por haber repudiado a su anterior esposa, hija de un monarca nabateo. En esta denuncia se hizo visible Juan el Bautista, quien pregonaba a todos los vientos la pecaminosa unión. Fue apresado Juan el Bautista, el Precursor, llevado a las mazmorras de la fortaleza de Maqueronte en el Mar Muerto, lugar predilecto de reuniones y orgías de Antipas donde también purgaban penas algunos de sus prisioneros.

Salomé había encontrado un valor agregado al visitar a los sentenciados por la corte. Eran hombres que sabían dar placer y apreciaban sexualmente su presencia en semejante cautiverio. Ella curaba un tipo de heridas que otras no se atrevían a curar. Los reclusos eran inagotables en aquello de darse sin medida, contrario a los hombres que conocía en su medio cuyas emisiones de semen eran repartidas por un solo tipo en miles de camas, tornándose en sexo cansado, de mala calidad y baja factura. Salomé despreciaba esta impotencia de sábanas blancas, apenas manchadas por un microscópico espermatozoide.

Los cautivos eran surtidores de placer, pero Juan el Bautista no sólo era eso, tenía pasión en los poros del

oficio, pasión en la palabra; su presencia era llamativa, olía a sexo desde afuera de la celda y decían que poseía el atributo de comunicarse directamente con Dios, sin intermediarios. Cuando se cruzaron sus miradas, ardieron sus cuerpos, Juan bramó contra la reja. Ella siguió dándose una vuelta por el lugar, haciéndose la que escogía, hasta que volvió al mismo sitio. Todo se habría dado para complacer a Salomé, pero cuando regresó a la celda a devolverle con palabras lo que él le había pedido con sus ojos, encontró a un ser absolutamente extraño, no se parecía al de hacía unos minutos, el que la deseaba brutalmente, con el que ella yacería, el de fuego en los ojos, con el que no mediaría palabra. Ese no era Juan, era ahora el Bautista, hombre atormentado con la idea de Dios.

Dios vino rápidamente, entró en el libidinoso Juan, lo aconsejó, lo amenazó, apagó su incendio. El Todopoderoso perdió la tranquilidad y la cordura, no pudo actuar siquiera con diplomacia ante el pedido de la digna hija de Lilith, no accedió a darle un poco de placer, y Juan, el Bautista, se descompuso de manera que su negativa la expresó con palabras poco sabias. Blasfemó y vociferó. Lejos de imaginarse que el Padre ya tenía su cabeza vendida. El Bautista deliraba en calidad mística y Yahve no prestó atención, quebrantó la fidelidad que debía existir entre ellos por haber sido uno de sus más abrumadores y arrodillados servidores.

De parte de Lilith, la cosa estaba resuelta, aunque se trataba de un capricho de su amada Salomé. La hija de Herodías había hecho una petición directa a Juan,

propuesta de sexo sano. El santo dudó, entornó los ojos para darse la oportunidad de decidir qué hacer, al momento que cayó sobre él una luz dionisiana que tornó borroso su pensamiento. Como poseído, el pobre Juan empezó a agredir de palabra a Salomé. Ni siquiera era una consternación moral, era Dios un delirio que pronto lo sacó de la realidad convirtiéndolo en un vehículo violento, era una voz que decía desde su cabeza: “no la poseerás”. Salomé, profundamente contrariada, percibió (como saben percibir todas las hijas de Lilith) que algo se interponía en la respuesta de su deseado Juan. Ella habría aceptado un “no” sincero porque ya tenía puestos los ojos en otro prisionero, la indignaba esta intromisión.

Salomé cuenta lo sucedido a su madre. En ese instante, Lilith apareció en la escena cuando se percató que Dios había entrado ilegalmente en contienda y le ganaba una batalla a la mimada, pretenciosa, nunca dañina y sí muy inteligente Salomé. Herodías, también hija de Lilith, le sopló a su oído: “baila para tu padrastro y pide lo que quieras, inclusive puedes pedir la cabeza de este desgraciado”.

Salomé bailó con tanta armonía y sensualidad ante su padrastro, el lascivo Tetrarca Herodes Antipas, que este juró darle lo que pidiera inclusive un reino entero. Pero Salomé pidió humildemente la cabeza de Juan el Bautista, la que en pocos minutos estaba servida en una bandeja y hacía parte de esa gran orgía. La boca de Salomé mordió despiadadamente los labios muertos de Juan.-

María o el pago de una deuda

Descendiente de la estirpe de David, nació en Nazaret, hija de Joaquín y Ana. Durante veinte años ambos esposos habían pedido con fervor a Dios que los bendijera con un hijo. Para obtener tal favor tuvieron que hacer sacrificios, repartir lo que tenían entre los pobres y los servidores del templo. Desesperados, hicieron un voto: “si les fuera dado un hijo lo consagrarían a Dios”. Se acostumbraron a oír en sus sueños la voz de Isachar, el gran sacerdote, diciéndoles: “¡maldito sea quien no engendre hijos en Israel!”. Maltrecho por las amenazas nocturnas, Joaquín reprochó al altísimo el hecho de haberse gastado dos terceras partes de su fortuna pidiendo un hijo. La queja llegó rápidamente a la morada del padre fue llevada por un vecino de la pareja, quien al momento de morir escuchaba del otro lado de la pared los lloriqueos del desgraciado marido.

Así se gestionó de manera eficiente el nacimiento de María, a quien de ñapa o quizás por desagravio, le agregaron dones que no poseía humano alguno. Nació la niña, traía nombre asignado. Su llegada desmitificaba una vez más esterilidades en mujeres adultas, lo mismo en Ana que en Sara o en Raquel, y también en las madres de San Juan y Samuel, partos tardíos de valiosos productos. Con la niña llegó una enorme lista de cosas que no podía hacer en esta tierra. Prohibiciones escritas por el ángel que pronto aparecería en anunciación: “No comerá ni beberá nada impuro, ni vivirá en medio de las agitaciones

populares, permanecerá en el templo a fin de que no pueda enterarse, ni siquiera por sospecha, de nada de lo que existe vergonzoso en este mundo”.

Sagrada entre las sagradas, la creatura llegó sin contratiempos. El recibimiento duró los tres años que pudieron disfrutarla. La niña comenzó a hablar con rapidez y sabiduría en diferentes lenguas, mostrando madurez de adulto; en pocas palabras, una infante prodigiosa; cada paso que daba y cada palabra que pronunciaba causaba conmoción. Los ojos de la niña María fueron la perfección de la luz divina, destinada desde siempre a ser su propia esposa. Como tal perfección estaba reservada a lo Divino, cumplidos los tres años debieron responder al voto ya hecho de entregarla para ser educada en el templo, como las demás vírgenes.

María en el templo

Dentro de su pequeña túnica iba María, la niña iluminada. Las vírgenes la trataron como a un verdadero tesoro, cuidaron y aprendieron de ella; en sus aposentos se las escuchaba a todas cantando canciones compuestas por María para alabar a Dios. Desde muy temprano en la mañana, la niña era coronada con una diadema de hojas y flores de los jardines del templo que no se marchitaban. Durante el día, las interminables conversaciones de la sabia muchachita hacían olvidar a las religiosas sus quehaceres básicos de supervivencia, de allí nació el ayuno, del olvido o, mejor, del entretenimiento. Conocía el mundo sin recorrerlo, sabía qué hacían los hombres y los viejos en los templos, daba lecciones de bondad y compañerismo y, lo mejor de todo, conocía a Dios porque era “la elegida”. Se sabe que no hubo una época más importante entre las vírgenes entregadas en custodia al templo, no hubo quién las imitara de cerca en alabanzas, ni quién igualara el resplandor que emanaban cuando cantaban al Padre.

Los sacerdotes jamás se fijaron en María por temor a Dios. Se les había advertido que era su “elegida”, sabían bien del aullido de la carne y evitaron la tentación. No se entrometieron mucho en sus días y hasta acataron algunas de sus recomendaciones porque veían su valor agregado: alguien verdaderamente cercano a Dios o de Dios, la proyectaban como una intermediaria que había que cultivar. Las demás fueron para ellos vírgenes necias o niñas que querían ser manoseadas,

ya que las edades tan adultas de los patriarcas no les permitían otra clase de acercamientos.

Observando el panorama cambiante del universo, María llegó un día a la conclusión de que su destino había sido inevitablemente trazado y en él aparecía una gran mancha oscura que la hacía sentir temor. Decidió entonces entregarse a Dios y cuando cumplió la edad de ser cedida por los sacerdotes del templo a un hombre, propuso seguir sirviendo a Dios como una mujer virgen. No se puede descartar que María con su inteligencia tratara, además de ser fiel al Todopoderoso, de evitar ser desposada por uno de esos viejos que no seducen ni a la misma muerte.

Aun así fue entregada a un viejo cacreco, viudo, lleno de hijos llamado José, quien a duras penas podía con la responsabilidad de llevársela a vivir a su casa y cuidarla de toda influencia para entregarla inmaculada a Dios. El Altísimo no la deseaba tan joven, la deseaba un poco más adulta pues habiendo conocido a Lilith, se sentía atraído por la madurez, la sabiduría, la inteligencia y la hermosura de una mujer que sabe lo que quiere.

José fue elegido entre muchos hombres para desposar a María, candidato perfecto por sus imposibilidades.

La energía de la libido

Hacía algún tiempo el ángel estaba obsesionado con María; llevaba días vigilándola en la intimidad de su hogar, la miraba bañarse en el patio, escondido detrás de unas piedras o desde una nube. Cada que regresaba de cometer ese pecado mortal y sólo visible a sus ojos, podía percatarse de unas plumitas negras, chiquiticas, que salían de sus axilas. Un día recibió la orden, el Padre lo envió en anunciación. Le dio las instrucciones, le recordó que esa virgen era “la elegida” y que ella ya estaba esperando el momento con alegría.

Por ser un ángel, espíritu puro, solamente sería escuchado, sin ser visto. Pero la energía de la libido era de un poder inusitado: el ángel se hizo cuerpo. Tocó a la puerta de María, esplendor total que traspasaba la estancia, la saludó en nombre del amor de Dios, le recordó los votos de humildad y sumisión al Padre, dijo que era su intermediario, que traía la semilla y se la inoculó; ella sintió que cumplía a cabalidad su intención de guardarse a Dios y a su voluntad. De esa manera aceptó al ángel, por la dignidad suprema de ser la madre de Jesús. Inmediatamente el ángel terminó su supuesta misión, comenzó para María una maternidad sin muchos tropiezos y cada vez se hizo más lejano el recuerdo del digno representante que Dios había enviado. Este perdía paulatinamente la energía que le había permitido materializarse hasta no volver a aparecer nunca.

María, después de dar a luz, empezó a ver a un profeta bajo su amparo. Iluminado por un Dios y autorizado a utilizar poderes menores, siempre en su nombre. Milagrillos de poca monta, carentes de verdadero valor, eso de multiplicar el pan y los peces para conservar al público en pie; o de convertir el agua en vino para poder seguir la parranda; o de devolverle la salud o la vida a uno que otro incauto cuando las enfermedades assolaban a miles. En fin, un ser dirigido en la tierra como el verbo hecho carne, presentado en sociedad como el “hijo de Dios”, (aunque bajo ese título encerraba el misterio de su concepción), para completar así la gran triada.

Pero el afán de confesión es un virus que se propaga también en el cielo, y contagió al ángel mucho tiempo después de lo sucedido. Una noche se acercó a Dios –sólo los ángeles buenos pueden verlo–. Habían pasado casi treinta y cuatro años de haber cometido la fechoría. Sin mirarlo directamente a los ojos, se confesó. Desde ese mismo instante el Padre llamó al ángel de la muerte, le pidió que neutralizara a su único representante aquí en la tierra, a su adorado “hijo”, mimado profeta a quien había dotado de labia y metáfora como a ningún otro. En poco tiempo se dio su trágico y tormentoso fallecimiento, nadie en ese entonces murió de peor manera, torturado de todas las formas posibles. Lo peor, Jesús nunca entendió por qué salía de circulación de manera tan abrupta. De forma espectacular el hijo del Todopoderoso desapareció en un instante en que su vida tenía todo porvenir.

Su cadáver fue depositado en una cripta que a la vez fue sellada con una gran piedra; sepultado estaba el joven profeta. Pero, no se tenía previsto en él un remanente o rezago de poder que le permitiera resucitar. Tres días se demoró removiendo la pesada roca que lo separaba del exterior, y tan pronto fue avistada su miserable humanidad, lo sacaron rápidamente de este planeta por orden del Padre. Esta interrupción y salida del mundo fue conocida por Lilith como “Ascensión”.

Estas circunstancias contribuyeron de manera definitiva a mantener vigente una doctrina.

Fue realmente en ese momento en que la maternidad de María se convirtió en absoluta y espiritual, fue liberada de la inmundicia del parto por medio del sufrimiento, santa mujer, doblada de dolor ante su hijo torturado y crucificado. No sólo lo acompañó en el transcurso de su vida pública sino en su terrible e inexplicable final. Desde entonces, llamada *bienaventurada* por todas las generaciones, Lilith la puede ver aún allí frente a la cruz –verdadero sufrimiento humano–, rodeada de algunas mujeres, sostenida por todas para que no caiga, vencida, la dolorosa.

Lilith cultivó gran desconfianza por los ángeles, arcángeles, querubines, serafines y afines. La palabra “engaño” no cabe en la tragedia de la bondadosa María de Nazaret; esta fue una simple “Angelización”.

La dormición de María de Nazareth

Una paloma bajó del cielo, le hizo la señal esperada a la adolorida madre del Jesús sacrificado. María sólo había tenido una oportunidad de hablar con Dios y preguntarle sin rodeos: “¿por qué te llevaste a nuestro hijo tan pronto?” Como en las novelas, Dios se guardó la respuesta para nunca. Le dijo que olvidara ese episodio tan doloroso para ambos, le prometió vida eterna, un puesto en la eternidad cerca de Él y ver a su hijo de vez en cuando. Para Dios ella era inocente, sin más, ambos fueron engañados por el ángel.

Todo estaba preparado para su salida de este mundo. María se levantó con las primeras e incipientes luces del día, lavó su delicada piel con aguas preparadas por Lilith, su amiga inseparable, quien le aconsejó sabiamente sobre cómo ser feliz en el cielo aun con la presencia de Dios en aquel espacio, cómo obviar su mal carácter, cómo vivir sin que le pesara el régimen celestial. Se acicaló con esmero, luego se acostó y entró en una especie de estado cataléptico, concentrada en su próximo viaje. Estaba muy lejos de saber la verdad sobre el padre biológico de su hijo Jesucristo; ella rebosaba de inocencia como en sus primeros años en el templo. El Espíritu Santo dio la orden: “tomad el cadáver de María y depositadlo en la caverna que conduce al valle de Gethsemaní”.

Cuando María se hizo la muerta, apareció Santiago, quien se encargó de llamar a los demás discípulos para preparar lo que sería el ritual de traslado al sepulcro,

última morada suya en la tierra. Trajeron un madero plano, pusieron encima hierbas aromáticas, pétalos de flores y sobre la olorosa superficie acostaron a María. Iba para el cielo en cuerpo y alma. Fue levantada y llevada por los apóstoles con total descuido, al punto que casi llega sólo el alma. La dejaron caer dos veces en el camino por irle hablando y pidiéndole a la bendecida interceder ante Dios por cada uno de ellos, pues desde la muerte de Jesús, no se sentían escuchados por el Padre. La procesión hacia la cripta resultó accidentada y muy incómoda. Los amigos de su hijo y algunos pobladores fueron los únicos que fueron a darle el último adiós a María de Nazaret. Después del ritual de despedida, la introdujeron en el sepulcro, tomando la precaución de dejar la piedra que lo sellaba a medio correr, evitando cometer el error que dejó a Jesús atrapado adentro por tres días haciendo un esfuerzo sobrehumano.

La bella María Madre esperó en la penumbra a que todos se marcharan para salir sin mucho esfuerzo por la hendidura entre las piedras. Subió a una roca muy alta que le fuera sugerida en uno de sus sueños y esperó lo que sería una especie de tele-transportación angelical. Eso sí, entre los ángeles que vinieron por ella nunca llegó el de la anunciación, obligado como estaba a mantenerse a miles de kilómetros celestes de distancia de “la elegida”. María llegó a los cielos con una sonrisa de reina que aún conserva.

A esta salida del mundo Lilith supo que la llamaron “Asunción”, y aún no logra entender por qué Jesús Ascendió y María As-undió.

Lázaro

Quien conoce el silencio de los muertos, no quiere volver.

Se le antojó al supuesto hijo del padre, quien tenía poderes menores en la tierra pero al fin y al cabo poderes, resucitar a Lázaro para impresionar a la multitud. Entre horribles ansias se devolvía Lázaro como se devuelve el vómito después de expulsado. Sólo una parte de él era arrancada de la muerte. Retornó por el mismo sufrimiento que le había liberado, caverna por donde pasó superando, nivel por nivel, el dolor. Lázaro regresó descompuesto, la muerte ya le había ganado el pulso a la vida, este desorden en el equilibrio no era más que una muestra de soberbia del milagrero.

Un fuerte ruido penetró en su cuerpo yerto dejándolo sentado por espasmo, en reversa; aún dentro del laberinto no ataba cabos. Sus uñas resbalaban por la pared, no encontró de donde agarrarse.

¡Sorpresa!, estaba aquí, nadie nunca le preguntó si quería morir, menos sabía por qué acatar la orden: “¡Levántate!” Abandonado a la suerte de volver a morir, abrió los ojos y sonrió para el respetable público.

La novia de Lázaro

Sacó fuerza del olvido. Elaboró su duelo como Dios manda.

La mujer comprendió que debía acompañarlo en el trasegar de los días. Trabajó con él en la venta de legumbres y raíces, se dobló a su lado en la siega, hasta que comenzó aquella terrible enfermedad en la que hubo de asistirlo. En medio de la extrema pobreza, cada dolor, cada síntoma se sentía con mayor intensidad. Lázaro, quien antes le decía en el silencio de sus ojos cuánto la amaba, entró en estados febriles e intermitentes que le devoraban la razón, su psique y su cuerpo, entre temblores, malestares y gran padecimiento, terminaron por deteriorarse al punto del delirio.

Creyó su lecho de enfermo un trono desde donde gobernaba y daba órdenes a lo que creía era su pueblo; las migajas de pan que caían en su vientre, y que nadie debía limpiar, su mente alucinada las veía como súbditos, los gobernados con quienes debía tener un trato directo y con quienes conversaba todo el día en el fulgor de su miserable muerte.

—“¡Ay de mí esta mañana!”, se quejaba ella cuando comenzaba la faena de acompañar a Lázaro en su enfermedad. Mientras separaba su ser de la ilusión de amarlo, echaba puñados de tierra a su querer y borraba con saliva los pedazos de alegría que quedaban en su corazón. Aplastaba su ilusión, ya no esperaba,

o sí, esperaba que Lázaro muriera, más temprano que tarde, para sentirse aliviada del sufrimiento de ambos. Ella estaba enferma de esperanza en la muerte, alivio y equilibrio de su mundo. Cuando la muerte llegó al deteriorado Lázaro, no pudo más que agradecerla con infinitud. Su novia, quien ya no tenía lágrimas, ni aliento, sopló a su oído una despedida y lo que quedaba de su amor propio y de sus sueños con él. Una extraña tranquilidad la invadió, sentía que se iban también sus penas.

Pasados unos días, se escuchó una sentencia celestial: “¡Levántate Lázaro!” Incredula, trató de confirmar si lo que había oído era cierto. Se acercó a la tumba para darse cuenta de que la orden se estaba ejecutando. De nada valían sus dudas, ahí estaba Lázaro, incorporándose, sacudiendo el polvo que había caído en su cara. De nada valía ese camino a la negación, no podía juzgar, era un acto de Dios. Era su problema aceptarlo o no. ¡Se había preparado para estar lejos! En la amargura de su médula, en la tristeza de sus células no concebía una resurrección. ¿Hasta cuándo esta hipocresía con el nombre de vida? ¿Quién acudió a lo que días antes fue la agonía de su amor, su abandono, su propio desistir?

Fuera lo que fuera el devenir de Lázaro –quien, a propósito, estaba bastante descompuesto–, ella ya había tomado distancia. A pesar de sí misma, se vio allí ante el que fuera su amado, retrocediendo paso a paso, lentamente, hasta perderse detrás de los curiosos y de sus familiares, para luego echarse a correr hasta

sentirse totalmente libre. Ella tenía unas pequeñas bases en la construcción de su nuevo destino y, por supuesto, allí no cabía la idea de un resucitado.

Algo tendrá el agua cuando la bendicen

Pasaba Jesús de Nazaret por tierras de Oreb y se acercó al pozo de éste para beber un poco de agua. El profeta no era muy amigo del transparente líquido. Dice Lilith que caminar sobre las aguas fue un fenómeno de simple repulsión, una energía que no le permitió hundirse en ellas. Lo que él no ignoraba era que en el agua habita la pureza, así que la utilizaba para el bautismo. Mientras se acercaba a la fuente, las ninfas del agua avisaban a los demás espectros de la presencia del sediento visitante. El pozo se cubrió de silencio.

Acostumbrado como estaba Jesús a ser servido, se acercó al pozo esperando que alguien, aunque fuera samaritano, le prestara una tinaja o un pequeño recipiente donde poder beber el líquido. Pasó largo tiempo, oró, miró para todos lados y nadie llegó. Se acercó y miró hacia el agua, una figura que se fue formando en la superficie, no era un error de sus sentidos, emergió lentamente una mujer formada de agua, la transparente escultura abrió los ojos, lo miró directamente y sin más le preguntó: “¿quieres beber?” Hizo un cuenco con sus manos de agua, lo acercó a la boca del sediento. Jesús casi se bebe a la mujer de un solo trago. Satisfecho agradeció, y la figura cristalina, antes de desaparecer le dijo: “aprovecharé tu tránsito por mi pureza, soy la verdad que ignoras. Debo confesarte que tu origen no es el que te han contado. Vas a morir despiadadamente, más pronto de lo que

crees y por motivo muy lejano a tu oficio de profeta. De ahora en adelante deberás cargar con esta revelación y sólo tú sabrás qué hacer”. Fue la contribución de Lilith y la última vez que habló con el Mesías.

Con gratitud relató públicamente el gesto, según él, lo había auxiliado una samaritana. A partir de ese momento siguió bendiciendo cuanta partícula de agua tenía cerca, la buscó en su cuerpo líquido hasta el punto de hacerla vino. La veía en la chispa cristalizada por el frío, refractada en la luz y evaporada por el calor, la vio agua arriba, estancada antes de beberla, la vio en el estado más íntimo de su pureza. Recordaba la frase de aquella misteriosa aparición: “el que beba de esta agua no tendrá sed, se hará fuente en él para vida eterna”.

Jesús y el demonio

Caminaba Jesús por las dunas del desierto en marcha penitente, de repente sintió una fuerte ola de calor que provenía de un sitio a pocos metros de distancia. Avanzó hasta encontrar un pequeño hueco de donde salía un hedor insoportable. Asomó su cabeza y empezó a llamar por si alguien lo escuchaba, y su sorpresa fue mayor cuando le contestaron: —“Si me sacas de aquí podría mostrarte todos los caminos de este desierto”. Pasó un tiempo y apareció muy lejos, hacia abajo, la figura de lo que podría ser una persona.

—“¿Quién eres?” —preguntó Jesús—.

—“Tengo muchos nombres, pero prefiero llamarme *príncipe de las tinieblas*”, —reveló la enigmática figura—.

—“¿Por qué no llamarte el Rey?”.

—“Porque aunque me duela admitirlo, aquí ya existe un rey. Me dejó en este hueco con una cantidad de problemas que, con inteligencia, he sabido sortear. Pero tengo grandes dificultades, una de ellas es que no puedo salir de aquí. Y... ¿quién eres tú?”

—“Yo soy Jesús de Nazaret, el hijo de Dios. Estoy haciendo ayuno. —¿Quién eres tú? —preguntó de nuevo Jesús—.

—“Ya te lo he dicho, yo soy el príncipe de las tinieblas. Tu Padre, aunque me cueste admitirlo, es el rey aquí, aunque nunca viene. Pero si tú eres el que dices ser, convierte esas piedras en pan, estoy pasado de hambre. *Un príncipe de las tinieblas* dominado por un rey, que también es Dios, no debería vivir en mis condiciones”.

—“No sólo de pan se vive”.

—“¿Eres el hijo del Rey?, tengo tratos con él”.

—“Realmente no tenía idea de que mi Padre tuviera negocios en estas lejanías. Eso es algo que me sorprende”.

—“Me encargo de lo que se le pudre. ¿Será que, además de ser el hijo de Dios, eres inteligente?” Continuó un monólogo, o mejor un pliego de exigencias. Exigió y exigió, escupió y le enseñó a Jesús algunas palabras inmundas que había inventado en su infierno. “Si eres el hijo de Dios, baja a mi guarida para que veas con tus propios ojos. Si eres el hijo de Dios, mándame comida, hace años no me trago nada que valga la pena. Si eres el hijo de Dios, mándame mujeres de carne y no podridos espíritus”. Eran los lamentos del demonio en su antro nauseabundo. A Jesús, que llevaba 40 días y 40 noches ayunando en el desierto, le pareció que el hambre y la falta de sexo eran también caminos al cielo, así que dijo “no” a cada pedido. El habitante de la fosa estaba iracundo e inventó más aflicciones a ver si lo convencía. Jesús tenía un “no” que no le gustaba a este príncipe, la falta de cooperación lo encolerizaba. En medio de sus exigencias, ordenó a Jesús que se arrodillara porque era él quien mandaba en ese territorio: “el desierto en el que estás me pertenece. El calor no viene de arriba, sube directamente de mis calderas. La arena es la ceniza, conozco los caminos de estas extensiones, estaría dispuesto a llevarte a conocer cada rincón, cada animal que en él habita, cada piedra y cada grano de arcilla”. De tanto insistir el demonio fue debilitando a Jesús, y lo convenció de sellar una alianza con él mediante el solemne rito

de los animales partidos a la mitad. Se rociaron con la sangre de los inmolados y durante la ceremonia se hicieron mutuas promesas.

Como Dios está en todas partes, se dio cuenta del engaño del que estaba siendo víctima su buen hijo, cayendo nada menos que en las garras de su enemigo Luzbel. Mandó a dos de sus ángeles a sacar a su profeta temporal de este problema. El tiempo jugó un papel clave, pues al momento de levantar a Jesús y rescatarlo el pobre se había convertido en un espécimen pulverulento, espeluznante y nictálope.

En una segunda ira divina, Dios confinó al demonio a no salir nunca más a la superficie. Taponó para siempre aquel cráter que, por descuido celestial, el enemigo había abierto sobre el caluroso desierto para tratar de engañar a su buen muchacho.

Verónica

*Amaba quitarse la corona de laureles delante del espejo
y probarse una de espinas*
Gesualdo Bufalino

Era una mujer sencilla, reservada y generosa. Vivía en Nazaret. Era una más en las multitudes que escuchaban y seguían al profeta en sus largas jornadas de peregrinación. Lilith da fe de que Verónica estaba en la lista de las mujeres de Jesús, no como la preferida pero sí como la que visitaba de vez en cuando su cama y la que siempre lo miraba con ojos de pasión. Por este motivo también Verónica fue borrada de las escrituras y aparece sólo en el viacrucis, salvándose de quedar en el grupo de las plañideras, de quienes hoy en día nadie sabe si fueron piadosas mujeres o hipócritas brujas.

Se salvó Verónica de ser una de las “Hijas de Jerusalén” ese día que se lanzó al camino por donde pasaba el que habría de ser crucificado. Cuando de lejos comenzó a oír las injurias que le lanzaban mientras caminaba con la cruz a cuestas, sintió cómo los infamantes contemplaban el espectáculo satisfechos. Un hombre apedreado que apenas podía con el peso del madero. El rostro que ella tantas veces había acariciado, mirado, amado, apenas se veía debajo de su corona de espinas; el sudor y la sangre de Jesús se mezclaban con la tierra y los escupitajos lanzados por la enardecida multitud. ¿Dónde estaban los suyos?, ¿dónde sus seguidores?, se preguntaba, mientras Verónica avanzaba frente a Él con singular valor. En medio de tanta humillación,

la “enigmática” mujer se abalanzó hasta el profeta y compasiva le enjugó el rostro con su manto. Sin miedo a las consecuencias, le susurró al oído palabras de amor, consideración y misericordia. Con los ojos nublados por el sufrimiento, Jesús levantó la vista para mirarla y le transmitió la soledad inmensa en la que había quedado por culpa del abandono de su Padre y de los hombres.

Callada, doblada de dolor, Verónica lo acompañó paso a paso hasta la cruz, junto a las otras discípulas y a la sufrida María Madre.

Lilith registra a Verónica en la vida afectiva de Jesús como real compañera de andanzas, inigualable amante y valiente mujer a la hora de seguirlo en las largas horas de padecimiento y muerte. Hay datos de su presencia al pie del crucificado, en aquella oscura tarde de viernes santo en la que murió el amado.

Cuenta Lilith que en aquellos días aciagos sólo observó mujeres alrededor de Jesús. ¿Qué se habían hecho los hombres? Con valentía algunas de ellas lo acompañaron. Sólo mujeres vio Lilith quien se apostó sobre la cruz a mirar desde arriba la cruel escena. Sin embargo, la Diosa aún no nos confirma si fue esta una simple solidaridad de género.

El negocio

Lilith nunca imaginó que resucitaría. Y no fue al tercer día. Cuando Jesús fue sintiendo que se iba de él mismo, resucitó casi de inmediato con el poco poder que le quedaba, para encontrarse con la sorpresa de la absoluta oscuridad. Pasaron tres días mientras intentaba, con todas sus fuerzas, remover la piedra que lo separaba del exterior. La pequeña cueva estaba inundada por el mal olor de las flores en descomposición mezclado con el de sus excrementos y la podredumbre en que se habían convertido las heridas que le había dejado la violencia sagrada de la crucifixión.

Jesús invocaba a su Padre segundo a segundo; entendía de alguna manera que no lo quisiera aquí en la tierra por algún motivo desconocido; lo llamaba a gritos. Tres días en los que desde el cielo sólo se escuchaban sus lamentos, sus pataleos. La cosa era cada vez más desesperante, pero como su osadía superaba al profeta que llevaba adentro, logró mover la pesada roca. El temor se apoderó del Padre, iba a quedar muy mal que, con tantísimo poder y en un escenario sin igual como el de la pasión y la crucifixión, le quedara un muerto chapaleando o medio vivo. Su propósito de sacar al hijo de circulación fracasaría ante los ojos de todos los pueblos que lo tenían por el Todopoderoso.

La estrategia fue rápida, un plan B surgió en la genialidad del Padre quien apareció ofreciéndole a Jesús que se fuera con él y que le concedería el Reino

de los Cielos, que estaría a la diestra como símbolo de su poder divino, mano hábil con la que lo elevaría si se moría del todo para lo terrenal. Jesús terminó de remover la roca y asomó la cabeza cuando una luz que venía directamente del cielo, lo dejó encandilado. El Padre se comunicó por primera vez con su hijo sin intermediarios, y le dijo: “He visto cómo te da vergüenza admitir que eres hijo de Dios, a la vez que miras a tus padres en la tierra, María y José. Ya ves que nadie te creyó el cuento de que eras mi hijo, así que no debes quedarte, no se justifica esa bestialidad con la que fuiste tratado, allí sólo tienes unos seguidores. ¡Qué tal si abandonas tus asuntos terrestres y dejas de caminar por montes y valles predicando tanto! Tengo para ofrecerte una vida muy diferente, no quiero que estés tan expuesto”, expresó Dios con falsedad, mientras tentaba con su reino a Jesús. El supuesto hijo rápidamente calculó y aunque no sabía hasta dónde iba el Reino de Dios en extensión, le sonó muy bien la propuesta. Se acomodó en el centro del rayo de luz, cerró los ojos y voló hacia su nuevo trono.

Dice Lilith que por esta razón nadie está realmente convencido de querer que Jesús regrese. ¿A qué?

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de septiembre de 2011
en la Unidad de Artes Gráficas
Facultad de Humanidades
Universidad del Valle
Cali - Colombia

